dos y como huyendo de las miradas de las gentes. No, no son esas almas buenas que aman con amor verdadero, de la misma madera que las de los que se figuran que para cumplir con el sagrado deber de honrar á los muertos, basta con adornar las tumbas con profusión de coronas y cintas con dedicatorias de una terneza discutible cuando no ridícula. No, no son las almas buenas de la misma madera que la de cierta señora, de quien se cuenta que, ponderándole una persona amiga lo bien adornada que tenía la sepultura de su propiedad, contestóle sencillamente sin comprender el valor de lo que decía:

—No, mis muertos no están ahí. Están en otro sitio. Pero he querido adornar la sepultura porque es el primer año que la tengo

* * *

Aparte esos grotescos contrasentidos, que constituyen una enfermedad muy extendida, tiene, la Conmemoración de los difuntos en Reus, otros defectos, de los cuales, sin duda es el principal el que nuestro cementerio tiene de todo menos de cementerio.

En otras ciudades los cementerios son cuidados con verdadero cariño. Se ven en ellos abundantes y hermosas flores cuyos colores y cuya penetrante fragancia parecen recordaros la brillantez y la fuerza de tantas ideas como brotaron de aquellos cerebros que allí descansan para siempre, y frondosos árboles, cuyas ramas, forman espesa muralla de follaje que parece apartar aquel lugar de reposo del resto del mundo.

Pero aquí nada de eso sucede: ni un árbol, ni una flor. Apenas si hay una sepultura en donde encontrar un detalle de gusto irreprochable. Diríase que aquí no tenemos noción ni de lo que debiera ser un cementerio, ni de la estética. Y diríase mejor; diríase que ese tan decantado espíritu comercial de los reusenses, se ha infiltrado allí y se ha hecho dueño de aquel campo. Porque aquello más que un cementerio, parece un gran almacén. Una gran extensión de terreno de forma rectangular, numerosos estantes repletos de cadáveres, y abundante hierba que muestra la desidia de nuestro Ayuntamiento y el abandono con que todos tenemos á aquel recinto en donde descansan nuestros antecesores. Eso es lo que hay en nuestro cementerio y lo que habrá por los siglos de los siglos, si alguien no pone pronto y eficaz remedio, cosa que veo muy difícil dado nuestro modo de ser y de pensar.

O. Rovellat y Prat.

EL AMOR Y LA HUMANIDAD

En cierta población de España vivía un ser extraordinario por su belleza, talento y bondad. La gente, particularmente las mujeres, se hacían lenguas del trato de nuestro joven, así como de su arrogancia, galantería y valor. Se contaban de él mil aventuras, todas sin tacha. Niños arrancados de las garras del lobo; jóvenes sacados de entre las llamas; damas secuestradas por mercenarios habían sido por él puestas á salvo .... Sus heroicidades eran incontables por lo numerosas. Jamás la fama ni la leyenda llegaron tan alto.

Más de un marido se había visto obligado á ponerse sério para enfriar el entusiasmo que su cara mitad sentía por el héroe de esta historia y no pocos padres y novios vigilaban hasta la imprudencia á sus hermosas hijas y á sus amadas prometidas por temor de que se rindieran al joven de quien todas las bellas querían recibir galanteos.

No obstante, el sin par caballero para ninguna mostraba preferencias. Sonreía á todas las mujeres que solicitaban sus amores y á todas daba esperanzas de ser por él algún dia queridas. Cuando encontraba temperamentos románticos capaces de penar por amor, acentuaba más su cariño para matar penas y avivar ilusiones. Por nuestro hombre, todas las mujeres hubieran sido dichosas y en su deseo de que lo fuesen á ninguna se entregaba y á todas hacía pensar que las quería.

¿Por qué tanto ó tan poco amor? ¿Amaba todas las jóvenes ó no amaba ninguna? Nadie podía contestar estas preguntas. Lo que se sabía es que á veces triste, muy triste se internaba en los bosques buscando en ellos los sitios más solitarios y allí sin que nadie lo viera ó creyendo que nadie lo veía, lloraba amargamente, él que tanto hacía sonreir y tanta dicha sembraba. ¿Por qué lloraba? Este era otro de los misterios que rodeaban la vida del joven que nos ocupa.

Una joven blanca como la nieve y esbelta como las palmeras, niña casi, se enamoró del galán con más ardor que las demás muchachas: era que amaba por vez primera. Y esta niña angelical, con la valentía del que nada teme y la terquedad del que quiere vencer, se propuso desentrañar el misterio que rodeaba la existencia de su amado. Supo por un pastor que, el que hacía latir su corazón y era el encanto de todas las mujeres, tenía por costumbre ir á llorar en las hondonadas frondosasde un barranco, al pié de una fuente de aguas frescas y cristalinas, cubierta de espeso ramaje. Hacia allá se marchó la muchacha fingiéndose leñadora, movida por el anhelo de ver de cer-

ca y saber de su ser querido. Más de hora y media estuvo oculta aguardando el objeto de sus amores. Al fin vino este, se sentó, y suspiró mucho, y á oidos de la joven, casi niña, llegaron estas palabras débiles como los ayes de los moribundos: «Soy el Amor, el Amor que á todo el mundo hace feliz y él es un desgraciado porque no halla á quien amar. Yo soy el encanto de la vida, todo lo alegro y lo embeleso, pero no hay mujer para mí, porque la única que es digna de mí, la Humanidad, no tiene ideales ni sentimientos ni talento para comprenderme». Y se quedó dormido teniendo por colchón el césped y por almohada una piedra.

En este instante la virgen salía de su escondrijo y con un beso escribió en la frente al Amor: «Ama y espera joven querido que ya vino al mundo la Mujer que tu deseas, la que hará del objeto de la vida el ideal que tiende á redimir á los humanos; y el arte todo poesía y la ciencia todo prosa, se fundirán en la existencia de los hombres y entonces yo Humanidad y tú Amor, seremos dichosos, porque habremos hecho un cuerpo de nuestros cuerpos.»

Los pájaros cantaron alegres canciones, el sol, desde su cénit, enviaba á la tierra rayos de fuego, las flores habrían sus capullos..... millones de labios se unieron para hacer sonar tiernos, ardientes é infinitos besos.....

Juan Montseny.

Madrid.

Á MI MADRE

(ANTE SU TUMBA)

Al fin estoy aquí, madre querida!..,
Con el alma afligida
Penetrar pude en el lugar sagrado,
Para postrarme, con fervor, de hinojos
Delante de los míseros despojos,
Que ya tal vez la Muerte ha devorado!...
Sus tapias escalé!... Mi torpe planta
Holló de noche el sitio en dó la Muerte
Ejerce altiva su absoluto imperio;
Pero esta soledad hermosa y santa
Me invita á meditar, y puedo verte
Á través de las sombras del misterio!...
Yo no quiero venir cuando mañana
La vanidad humana,
Provista de coronas y de flores,
Se presente á adornar pomposamente,
En actitud quizás irreverente,
El sepulcro en dó duermen sus mayores.
Yo no quiero venir de esta manera,
Vagando entre una turba placentera
Que á la memoria vuestra infiere agravios:
¡Yo quiero consagrate, aquí de hinojos,
Una lágrima ardiente de mis ojos
Y una oración ferviente de mis labios!
Esta es ¡oh madre! la sencilla ofrenda
Que, de mi amor en prenda,
Vengo á depositar sin pompa vana
En tu sepulcro, humilde y sacrosanto,
Ornado con la Cruz, símbolo santo
De la sublime redención cristiana.

* * *

¡Qué grata soledad!... Lejos el alma
Del pavoroso estruendo
En que el mundo se agita,
Reza aquí sus plegarias y medita
De hermosa noche en la tranquila calma.
¡Hermosa noche! El amplio firmamento
Extiende de zafir el rico manto,
Dó con astros de fuego luminosos
Está escrito de Dios el nombre santo.
Tibio y süave el viento
Entre el ciprés simbólico murmura;
De sus sagradas ramas
Penetra la espesura
Un rayo de la luna misterioso;
Y sus reflejos, pálidos é inciertos,
Al herir los sepulcros con su halago,
Prestan un tinte indefinido y vago
Al callado recinto de los muertos.
Reposa el universo en dulce calma;
Ante el grato sosiego
Tiende sus alas afanosa el alma;
Y, atrás dejando el ancho firmamento
Con sus astros de fuego,
Atrás dejando el éther y las nubes
Cual yendo en pos de un algo que desea,
La puerta quise abrir del infinito
Y penetrar en la región divina
De los santos querubes,
Dó en trono inmortal Dios centellea.

* * *

Allí debes estar ¡oh madre mía!
Aquí en la tumba fría
Yace solo la escoria, los despojos
De la materia inerte;
Tu espíritu ha volado á las alturas;
Que no puede ser cierto que la Muerte,
Con su implacable mano,
Abisme por entero al ser humano
En el fondo de hediondas sepulturas.